

de Alejandro, que inauguró una nueva era para las relaciones de la Europa y el Asia.

La exploración del Indo y las conquistas de Darío fueron un primer eslabón en la cadena que debe unir el Oriente y el Occidente. Léjos de desdenar estas débiles tentativas, vemos en ellas la mano de Dios que se sirve de los conquistadores para el cumplimiento de sus designios. A creer en una narración novelesca de *Herodoto*, los Persas hicieron un viaje de exploración sobre el Océano. Atendiendo á sus preocupaciones religiosas, no podía ser bien mirada semejante empresa; el escritor griego la presenta como un castigo. Sataspes, de la raza de los Aquemenides, fué condenado á perecer en la cruz; su madre imploró gracia, prometiendo castigarle más rigurosamente de lo que el rey quería, y le ordenó que diese la vuelta alrededor de África. Sataspes se embarcó en Egipto, y tomó el rumbo hácia las columnas de Hércules; empleó muchos meses en atravesar una vasta extensión de mares; después volvió pretendiendo que no había podido avanzar más (1).

Los detalles en que entra *Herodoto* nos permiten dudar de la realidad de este viaje, el único tal vez que se ha impuesto como pena. Si no aumentó los conocimientos geográficos de los Persas, no por eso es ménos notable en vista de los que supone. Un pueblo pastor, criado en las montañas donde no había oído siquiera el nombre del Océano, hostil á la navegación por sus creencias religiosas, ha llegado á concebir la idea de la circunnavegación del África. Este admirable progreso es el resultado del contacto con los pueblos extranjeros, y este contacto es la obra de la guerra. Así la conquista persa, aunque llevada á cabo por pueblos bárbaros, fué un lazo entre las naciones; extendió el conocimiento de la tierra, favoreció aún las relaciones pacíficas de los hombres. La edad de la violencia y la destrucción prepara la era de la paz y de la armonía.

(1) HEROD., IV, 43.

CAPÍTULO IV.

DECADENCIA DE LA PERSIA.

La dominación persa es el gérmen de donde salió el gran imperio que reunió al fin de la antigüedad una parte del género humano bajo sus leyes. ¿Por qué no fué dado el realizarlo á los primeros que concibieron el ambicioso proyecto de la conquista del mundo? Penetremos en la vida íntima de los Persas; en ella descubriremos las causas que hicieron fracasar esta tentativa de monarquía universal.

Platon dice que los reyes de los Persas no fueron grandes más que en el nombre (1). Esta frase del filósofo griego es verdadera, aplíquese á la Persia ó á los hombres que la gobernaron: es la expresión de la incapacidad para fundar una monarquía universal de los que se titulaban Reyes de Reyes. Jamas dejaron de pretender el imperio de la Tierra; todavía en tiempos de Alejandro hacían llevar agua del Nilo y del Ister, y la depositaban en su tesoro con sus otras riquezas, para mostrar la extensión de su dominación y probar que eran dueños del Universo (2). La Persia excedía, á la verdad, en grandeza á los imperios que hasta entonces se habían elevado en Asia, pero se necesitaba la vanidad y la ignorancia del Oriente para confundir los estados del Gran Rey con el mundo. Los Persas apenas llegaron al Asia Oriental, y en cuanto pasaron los límites del Asia por la parte de Occidente,

(1) *De Leg.*, III, 695, E.

(2) AESCHIN., c. *Ctesiph.*, p. 132.—PLUTARCH., *Alex.*, 36.

se encontraron con el pueblo que estaba destinado á derribar su poder. ¡Qué distancia entre esta monarquía asiática y el imperio romano que abrazaba la Europa, el África civilizada y una parte del Asia!

La diferencia entre los dos imperios es todavía más considerable cuando se compara su organizacion interior. El conquistador que quiere fundar una monarquía universal, debe unir las naciones vencidas asociándolas á su propio destino. Roma intentó esta difícil obra; los Persas ni aún pensaron en ello. Los historiadores hablan de algunas instituciones que desmienten la necesidad de la unidad, pero que en cambio atestiguan su falta. Los reyes establecieron una especie de postas: «Tantas jornadas como hay de un lugar á otro, dice *Herodoto*, otros tantos hombres y caballos hay en cada estacion, á quienes ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor, ni la noche, impiden hacer su carrera con toda la celeridad posible. El primer correo trasmite sus órdenes al segundo, el segundo al tercero. Las órdenes pasan así sucesivamente de uno á otro, del mismo modo que entre los Griegos pasa de mano en mano la antorcha en las fiestas de Vulcano» (1). La actividad de esta correspondencia excitó la admiracion de los historiadores griegos. Nada tan pronto entre los mortales como estos correos, dice el padre de la historia. Se decia que las grullas no hacian tanto camino en el mismo espacio de tiempo. Si esto es exagerado, añade *Jenofonte*, al ménos es cierto que no se puede viajar sobre la tierra con más velocidad (2). Cuando se considera la falta absoluta de comunicaciones en la antigüedad remota, se concibe que los antiguos hayan admirado los correos persas. Débese este primer ensayo de postas á las necesidades de la conquista. El peligro, que amenazaba siempre, de la sublevacion de los vencidos ó de los sátrapas, necesitaba una correspondencia activa entre las provincias y el Gran Rey. Análogos establecimientos existian en todos los estados fundados por los Tártaros. En su organizacion primitiva, las postas no eran, pues, más que un instrumento de gobierno y

(1) (HEROD., VIII, 98. Habia tambien comunicaciones por medio de señales (ARISTÓT., *De mundo*, c. 6).
(2) HEROD., VIII, 98.—JENOF., VIII, 6, 17, 18.

no un lazo entre los pueblos: los hombres vivian todavía demasiado aislados para que se sintiese la ventaja de favorecer sus relaciones.

La dificultad de mantener sumisos á los vencidos dió nacimiento á una nueva institucion. Tenian los reyes la costumbre de visitar los países sometidos á su poder; estos viajes, que semejaban casi á expediciones militares, eran el medio más eficaz de contener las poblaciones y los sátrapas. Cuando la vida del serrallo enervó á los señores del Asia, confiaron la inspeccion del imperio á los grandes de la córte. «Todos los años, dice *Jenofonte*, un enviado del Príncipe recorre con un ejército las diferentes provincias del imperio; si los gobernadores tienen necesidad de socorro, se lo presta; si son injustos ó violentos, los atrae á la moderacion; si son negligentes en hacer pagar los tributos y en velar por la seguridad de los habitantes ó en el cultivo de las tierras, en una palabra, si faltan á cualquiera de sus deberes, el enviado remedia el mal: cuando no puede conseguirlo, da cuenta al rey, quien decide lo que debe hacerse con aquel que cometió la falta» (1). Estos enviados recuerdan los *missi dominici* á quienes Carlomagno encargaba de inspeccionar sus inmensos estados. Entre los Persas, como entre los Francos, esta costumbre debia su origen á la aglomeracion de poblaciones hostiles, bajo una inmensa dominacion, sin que tuviesen otro lazo entre sí que el imperio del señor. En vano Carlomagno realzó el nombre de Roma; no pudo resucitar la poderosa unidad romana. Los Reyes de los Reyes trataron tambien en vano de retener en la obediencia los países conquistados; no llegaron ni á mantener su autoridad sobre sus propios agentes. La impotencia para fundar la unidad era igual para ambas partes. La muerte de Carlomagno fué la señal de la disolucion de su imperio, y la monarquía persa estaba en plena decadencia largo tiempo ántes que Alejandro viniese á derribar aquel coloso informe con su puñado de Macedonios.

Las veinte satrapías que formaban el reino de Persia eran Estados independientes más bien que provincias. Esto es tan cierto, que los Sátrapas mantenian relaciones particulares con el extran-

(1) JENOF., *Oecon.*, IV, 8; *Cirop.*, VIII, 6, 16.

jero, declaraban la guerra y contraían alianzas: sus señores no pedían más que una cosa; el pago exacto del tributo. Muchas veces los gobernadores se hacían la guerra entre sí; los reyes veían sus querellas sangrientas con placer (1); era un medio de debilitar vasallos cuyo poder podía llegar á ser peligroso. Nada caracteriza mejor á la monarquía persa que las satrapías. Es el feudalismo, ménos el principio de organizacion jerárquica que encerraba el régimen feudal. La unidad salió de la aparente anarquía de la Edad Media; pero un imperio, en el que las guerras intestinas eran un medio de gobierno, debía acabar por disolverse. Las insurrecciones de los Sátrapas empezaron ya bajo el nieto de Darío (2); hallaron un apoyo entre los enemigos naturales de los Persas, los Griegos, y tal vez también en el deseo de las poblaciones conquistadas de recobrar su independencia.

No puede explicarse de otro modo la insurrección muchas veces simultánea de todos los Estados del Asia occidental. Bajo Artajerjes III vióse sublevarse á la vez la Siria, la Fenicia, la Frigia, la Caria, la Capadocia, la Cilicia, la Pamphylia y la Lycia. Allí donde las nacionalidades estaban fuertemente arraigadas, prevalecieron; los Sátrapas se convirtieron en jefes de reinos separados y más ó ménos independientes (3).

Así los reyes de los Persas no llegaron á realizar la unidad en el seno de su monarquía; ¿cómo hubieran podido darla al mundo? No estaba llamado el Oriente á llenar este papel; el sistema teocrático y el despotismo que allí reinan son igualmente incompatibles con el genio de Occidente. Los Persas poseían un elemento de civilización, la doctrina de Zoroastro; pero se mostraron incapaces de desarrollar los gérmenes de porvenir que encerraba. Mancharon los dogmas puros del mazdeísmo por la mezcla del materialismo asiático; adoptaron enteramente los principios sobre los que habían sido fundadas las monarquías de Nínive y Babilonia. La voluntad de los Grandes Reyes era la ley. Habiéndose enamorado Cambises de una de sus hermanas, preguntó á los jueces rea-

(1) JENOF., *Anab.*, I, 1, 8.

(2) CTESIÁS, *Pers.*, c. 23.

(3) HEEREN, *Persas*, t. I, p. 453, 534 de la traducción.

les si existía alguna ley que autorizase el matrimonio entre hermanos y hermanas; los magos respondieron que no la conocían, pero que había otra *que permitía á los reyes de Persia hacer todo lo que quisieran* (1). Ley viva, el rey era propietario de las personas y de los bienes en todo su imperio; los hombres libres eran esclavos del rey, como los esclavos son cosas para su señor. El Oriente es la tierra del derecho divino; los reyes de los Persas se hacían adorar como representantes de Dios sobre la tierra (2). Aquí se ve la diferencia que separa al Asia de Europa. Cuando los Persas, puestos en contacto con los pueblos del Occidente, quisieron imponerles esta costumbre, hallaron una resistencia inesperada, que revela la superioridad del genio europeo. Fueron á Susa algunos Espartanos para entregarse en expiación de la muerte sacrilega de los heraldos persas cometida en Lacedemonia; los guardias les mandaron prosternarse y adorar al rey, pero los Griegos dijeron que no lo harían aun cuando se les pusiera por fuerza en tierra (3). En vano trató el mayor de los conquistadores de introducir entre los Helenos una costumbre que repugnaba á su orgullo de hombres libres: las miras de Alejandro, aunque dictadas por el deseo de verificar la fusión de los vencedores y de los vencidos, estaban en oposición con el espíritu del Occidente; un sentimiento verdadero de la dignidad humana inspiró la tenaz oposición que encontró en el cumplimiento de sus designios.

La Persia, por el carácter de su civilización, no era digna de reunir bajo sus leyes el mundo antiguo. Las victorias fáciles de los Macedonios prueban que su poder tampoco estaba á la altura de su ambición. Ya ántes de la conquista de Alejandro, el imperio persa estaba en ruinas. Los Persas sufrieron la ley fatal que parece pesar sobre todas las dominaciones orientales. Apenas extinguida la generación de los conquistadores, entra la monarquía en la decadencia. Ciro no hubiera reconocido sus rudos montañeses en los señores del Asia. La molición que impuso á los vencidos para enervarlos, fué contagiosa para los vencedores. Necesitaban los reyes,

(1) HEROD., III, 21.

(2) BRISSON, *De regno Persarum*, I, 33, 15-23.

(3) HEROD., VII, 136.

án en tiempo de guerra, agna de Choaspe, vino de Chalybon, trigo de Eolia (1). Su inmensa monarquía no era bastante vasta para satisfacer pasiones que se irritan con la satisfacción que se les da: « Se recorre toda la tierra, dice Jenofonte, para buscar al rey de los Persas las cosas más exquisitas; millares de hombres se afanan en inventar manjares que despierten su gusto » (2). Ofrecíase públicamente una magnífica recompensa á los que encontrasen un goce nuevo para los sentidos estragados del Gran Rey (3). La corrupcion traspasó los muros del serrallo é invadió la nacion entera. Los Persas de Ciro no debian comer más que una vez al dia, á fin de dejar el resto del tiempo para los ejercicios del cuerpo; sus descendientes tampoco hacian más que una comida, pero duraba todo el dia (4). Una ley antigua prohibia el andar á pié con objeto de tener buenos jinetes; pero desde los tiempos de Jenofonte tenian más tapices sobre sus caballos que sobre sus lechos, y tenian ménos interes en estar bien á caballo que en estar muellamente sentados. El historiador griego nos enseña cómo se formaban los inmensos ejércitos que se improvisaban para el dia del combate: « Los grandes del imperio levantaban en otros tiempos soldados en sus dominios; hoy, con el fin de aprovecharse de su paga, convierten sus criados en caballeros. Así, aunque sus ejércitos sean numerosos, no son de utilidad alguna, como es fácil comprender al ver á sus enemigos recorrer la Persia con más libertad que ellos mismos » (5).

Cuando se ven estos signos de decadencia, no admira que el inmenso imperio de los Persas cayese bajo los golpes de Alejandro; más bien se pregunta cómo ha podido vegetar tanto tiempo. La division de la Grecia era la única fuerza que retardó la caída de la dominacion persa. Los señores del Asia reconocian su propia inferioridad; no se atrevian á ponerse en campaña sin tener griegos en su ejército; tenian por máxima no combatir jamás á los

(1) PLIN., *H. N.*, XXXI, 21, 4. — AELIAN., XII, 40. — ATHEN., *Deipnos.*, I, 51; II, 23.

(2) JENOF., *Agesil.*, IX, 3.

(3) THEOPHRAST., ap. ATHEN., IV, 25. — C. BRISSON, I, 87, 97.

(4) JENOF., *Cirop.*, VIII, 8, 9.

(5) JENOF., *Cirop.*, VIII, 8, 19, s.

Helenos sin estar apoyados por tropas de la misma nacion (1). La envidiosa rivalidad de las repúblicas griegas daba partidarios al rey en el seno de la misma Grecia. Así los dos pueblos que iban á luchar por la dominacion del mundo, ofrecian el singular espectáculo de que los Griegos eran el apoyo de sus enemigos. ¿Qué se necesitaba, pues, para acabar con la monarquía de los persas? La union de la Grecia. Cuando la unidad que los Helenos eran incapaces de darse, les fué impuesta por el genio de Alejandro, sonó la última hora de los Grandes Reyes.

(1) JENOF., VIII, 8, 26.